

el vino y ponen su placer en agotar copas? No mires al vino cuando rojea, cuando resplandeciese su color en el vidrio; entra blandamente, mas al fin morderá como culebra, y derramará veneno como el basilisco.» No en estas tan sólo, sino en otras muchas páginas de la Sagrada Escritura repite el Señor contra los ebrios terribles amenazas: «*¡Ay de vosotros los que sois valientes para beber vino, nos dice por Isaías, y varones esforzados para escanciar la embriaguez. . . . Por esto, así como la lengua del fuego devora la paja y la abrasa el calor de la llama, así la raíz de ellos será como pavesa, y su renuevo subirá como el polvo, Porque han desechado la ley del Señor de los Ejércitos. . . . Por esto se encendió su furor contra su pueblo y extendió su mano sobre él, y le hirió; y se estremecieron los montes, y fueron sus cadáveres como basura en medio de las plazas.*» ¡Ah! Si las infelices víctimas de este vicio tan funesto meditasen con amarga consideración esas palabras! «*Como las espinas se entretajan unas con otras, nos dice por el profeta Nahum, así ellos cuando beben juntos en sus convites serán consumidos como paja llena de sequedad.*» Tal es el triste combustible en que se cebarán las llamas eternas, sin acabar de consumirlos jamás.

Abominemos, pues, Hermanos é Hijos Nuestros amadísimos, ese feo vicio que tantos daños causa en las familias y concita contra sus desdichadas víctimas la ira formidable de Dios, ira justísima, que sabe traducirse, cuando se la desprecia, en terribles y eternos castigos. Contemplemos á nuestro amabilísimo Jesus sediento en la Cruz por nuestra salvación; y anímense nuestros corazones á corresponder á tan generoso amor, teniendo á raya nuestros desordenados apetitos y mortificándonos cuanto nos sea dable para su mayor gloria.

IV

El Evangelio que para este cuarto Domingo de Adviento nos propone la santa Iglesia, es del tercer capítulo del de San Lucas, y dice así:

«Y en el año décimoquinto del imperio de Tiberio César, siendo gobernador de la Judea Poncio Pilato y tetrarca de Galilea Heródes, y tetrarca de Iturea y de la provincia de Traconitis Felipe su hermano, y tetrarca de Abilina Lisaniás; bajo los sumos Pontífices Anás y Caifás, hizo el Señor oír su palabra en el desierto á Juan, hijo de Zacarías. Y

fué por toda la comarca del Jordan predicando el bautismo de la penitencia para la remisión de los pecados. Como está escrito en el libro de las profecías de Isaías: Voz del que clama en el desierto; preparad el camino del Señor; haced rectas sus sendas; y todos los valles se llenarán, y todos los montes y collados serán abatidos; y los caminos torcidos se harán rectos, y los escabrosos se harán llanos. Y todos los hombres verán al Salvador que Dios envía.»

Es, pues, necesario, amadísimos Hermanos é Hijos nuestros, que á fin de disponernos á celebrar con fruto la amorosísima venida de nuestro divino Salvador, preparemos sus caminos, y hagamos rectas sus sendas, mortificando el corazón para buscarle á Él solo y no preocupándonos con el deseo de adquirir bienes temporales ni con el temor de perderlos. Esta preparación es principalmente indispensable á aquellas personas que, fascinadas por las mezquinas satisfacciones del juego y el inmoderado afán de ganancias que se adquieran sin trabajar, viven con frecuencia en la disipación y se exponen á gravísimos peligros. Vicio tan funesto no es felizmente de institución humana; y quédale siquiera á nuestra pobre naturaleza, tan propensa siempre al pecado, este dulce consuelo: la invención, como dice entre otros muchos San Antonio, Arzobispo de Florencia, débese al mismo Satanás: «*Inventó el diablo los dados, encontrando en su uso toda malicia de pecado.*» Y con él conviene San Bernardino de Sena, cuando dice: «*El inventor de todos los males es Lucifer, enemigo del género humano y ansioso de hacer mal á todos; por eso bajo el nombre y título de juego proyectó conseguir la ruina de innumerables almas por medio de increíbles maldades.*» Verdad es que no siempre aparece este vicio ostentando desde luego todos sus peligros y repugnante fealdad, porque sin darse cuenta de ellos juegan á veces personas dignas de especial consideración y de virtud; pero eso es precisamente lo que hace más peligrosos y abominables ciertos juegos, la circunstancia de aparecer inocentes y como justificables por la intervención de ciertas personas de algún mérito. El cazador que intenta aprisionar algún ave, no la asusta desde luego, sino que se sirve de otras de la misma especie, que con su canto la atraigan más fácilmente al lazo, en que pueda perder su libertad y la preciada gala de su rico plumaje. Que es lo que ya en su tiempo decía de Satanás el diácono San Efrén: «*Presa y engañada por el demonio el alma, hácese como lazo para engañar y prender á otras;*» y sobre estas temibles asechanzas del infernal enemigo escri-

bia San Cipriano: "*El juego es para el diablo instrumento de caza, con que siempre es fácil aprisionar almas.*" Y tan cierto es que á este execrable tentador atribuyen los pensadores más caracterizados y más santos, no sólo la abominable invencion del juego, sino tambien sus tristes y funestísimos resultados, que San Juan Crisóstomo dice: "*No es Dios el que invita al juego, sino el diablo. Porque éste es el que redujo á arte las chanzas y los juegos, para atraerse por este medio á los soldados de Cristo;*" cuyo pensamiento explica de este modo el angélico Doctor Santo Tomás: "*Estas palabras del Crisóstomo deben entenderse respecto de aquellos que se valen del juego de una manera desordenada, y principalmente de los que cifran su fin en el placer del juego.*"

¡Ah! ¡Y cuántos hay, por desgracia, que en él hacen consistir toda su satisfaccion! Porque de tal manera se aficionan á las inquietudes y atormentadoras ansias de esta desgraciada pasion, que no parece sino que para sólo eso han sido creados, que ese es el triste destino de disipacion y de holganza que á ellos solos entre los demás seres laboriosos de la creacion les ha sido designado. No importa que los demás individuos de su especie den constantes muestras de su actividad y de sus talentos glorificando á su Dios, atendiendo al perfeccionamiento de su espíritu y trabajando por el bien temporal ó espiritual de sus prójimos; el jugador, cual si estuviese exento de los deberes comunes á los de su especie, como si no hubiese para él más gloria que las varias figuras y atractivos de sus juegos, ni más Dios que las soñadas ganancias á que aspira, gózase en romper temerario ese concierto unánime de alabanzas que al divino Hacedor tributan sin cesar hasta los seres insensibles, y la encantadora armonía en la observancia de la ley, en el trabajo y en el sólido progreso, á que deben atender con incesante empeño todas las criaturas racionales. Es, en fin, del número de aquellos, de quienes dice el Espíritu santo en el libro de la Sabiduría: "*Juzgaron que era juego nuestra vida.*" ¡Triste vida, en la cual miéntras tienen la desgracia de ser víctimas de tan odiosa pasion, voluntariamente se someten, como decia San Basilio, al vergonzoso papel de ser despojados ó favorecidos por Satanás: "*El espíritu maligno asiste á los juegos. Proporciona ganancias unas veces á éste, otras al otro; y tan pronto concede á uno la victoria como agobia á los demás con la amargura de la derrota.*"

De la fealdad de este vicio dice el Abulense: "*Sufren todo género*

de oprobios por el placer del juego y de la ganancia: el jugador, el despojado de muertos y el ladrón son torpes ganadores: porque por el afán del lucro todos ellos negocian y consienten en ser afrentados." Por esto decia Francisco Petrarca que *el juego "es la nube que cubre la fama, y el estímulo de todas las maldades."* Aun entre los turcos, el que cometa el delito de jugar dinero era declarado infame y castigado con mucha severidad. Y los lacedemonios de tal manera aborrecian el juego, que Quilon, nombrado embajador para celebrar con los de Corinto un tratado en nombre de sus compatriotas, habiendo sorprendido en el juego á los principales personajes de aquel país, abstuvo de hacer respecto á la comision que llevaba indicacion alguna, y regresó inmediatamente á su patria, diciendo á los de su nacion que no queria apareciese manchada la gloria de los espartanos confederándose con jugadores. No era cristiano Aristóteles, y sin embargo comprendia con tanta claridad lo que hay de feo y de repugnante en este vicio, que en su *Ética* desprecia como deforme y poco honesto el juego de dados y de cartas, llama ladrones á los jugadores y califica de indigno de un hombre el lucro que procede del juego. Y Petrarca, no ménos enemigo del juego que el filósofo de Estagira, dice: "*¿Qué hombre, ó más bien qué bestia tan cruel puede complacerse en el juego, en que abundan la iniquidad é impiedad deformísima? En él, fuera del semblante de los hombres, nada hay humano; y aun en el semblante mismo la ira y la tristeza, y los confusos clamores propios de una fiera tampoco son humanos. En él no hay decoro en las costumbres, ni modestia en las palabras, ni amor á los hombres, ni reverencia hácia Dios, sino pleitos y rencores, dolo y perjuros, rapiñas, heridas, y al último, homicidios..... En él está el reinado de todos los vicios.*"

Y bien clara aparece, amadísimos Hermanos é Hijos nuestros, la propiedad y exactitud con que está hecha esta triste pintura. Cuando despues de repetidas pérdidas observa el jugador que ha desaparecido todo su caudal, el de su familia, y hasta el ajeno, que tal vez se le habia confiado bajo la fe de su palabra ó de un juramento, ¿cuántas veces no siente oprimido con profunda amargura el corazón, presa el alma de imágenes sombrías capaces de exaltarle hasta un grado de desesperacion horrible, que le impulse á cometer los crímenes más atroces, poniendo en peligro la salvacion eterna de su alma? Muy bien decia San Antonino sobre esta deplorable fecundidad de peligros y de pecados que existe en el juego: "*Es la deshonor del Cristianismo,*

contra lo que dice San Pablo en su segunda Carta á los fieles de Corinto: "Que no sea vituperado nuestro ministerio," es decir, el obsequio con que servimos á Cristo; pero por el juego se sirve el diablo. Porque así como Dios inventó primero veintiuna letras, pues las otras con posterioridad fueron añadidas, para componer la biblia, en que se contiene toda la sabiduría revelada; así también inventó el diablo los dados, que son como su biblia, en la cual escribió veintiun puntos como letras propias suyas, en cuyo uso encuéntrase toda la malicia del pecado; porque ¿qué cosa mala hay que no se siga del juego?

En una de aquellas preciosísimas parábolas en que nuestro divino Salvador nos enseña la necesidad de aprovechar el tiempo, y los dones de naturaleza, de fortuna y de gracia que se ha dignado concedernos, nos recuerda el premio con que fueron remunerados el trabajo y la fidelidad de los que negociaron con cinco y con dos talentos, y el ejemplar castigo que mereció el siervo perezoso que no había querido trabajar con el talento que se le había confiado. Pues si sólo por no haber utilizado esta cantidad fué arrojado á las tinieblas exteriores, ¿cuánta mayor razón no hay para que sean severísimamente castigados los que voluntariamente exponen en el juego, y muchas veces pierden, el dinero, el tiempo, su actividad, el uso de sus potencias y sentidos, sus talentos, y hasta las gracias espirituales que su divina Majestad se ha dignado confiarles para que con ellos negocien y consigan su salvación eterna?

Ya en su tiempo notaba San Juan Crisóstomo que muchos frecuentaban los juegos, lisonjeándose de que en ello no cometían pecado alguno, por no querer fijarse en las tristes consecuencias que del juego se originan, y decía: "Asistir á los juegos no parece á muchos pecado manifiesto; pero ello es que en esta vida suelen ser causa de infinitos males." Y conviene con él San Bernardino de Sena, al decir que "el juego es una obra admirable de impiedad y de iniquidad." Y esta calificación es fácilmente explicable, si se tiene en cuenta que en el juego predomina el deseo de ganancias ó la codicia, que es como su esencia; por eso dice San Antonino que los jugadores "están habituados y fundados en la codicia, y en todos los otros males;" porque, como dice en su primera Carta á Timoteo el apóstol San Pablo: "la codicia es la raíz de todos los males;" y de ella así se explica San Agustín: "Todo cuanto hay de pecado en dichos, hechos ó pensamientos, originase de la codicia."

Con mucha oportunidad hacen observar los santos Padres que los verdugos que crucificaron á Cristo Nuestro Señor eran jugadores; los cuales buscando despues de su atrocísimo crimen la compensación de aquel bárbaro é impío trabajo, tomaron para sí las vestiduras del divino Nazareno, y cerca de la Cruz pusieron á jugar la túnica inconsútil, que durante treinta y tres años había vestido tan íntimamente unida á su humanidad sacratísima nuestro divino Salvador. Esta preciosa túnica, que simboliza la integridad de nuestra santa fe, profanan inconsideradamente los jugadores, pues con tanta frecuencia faltan á la fe que deben á su Dios, y á la que prometen á los hombres; por eso los llama San Cipriano enemigos de Dios, idólatras y aliados del demonio, diciendo: "Cristiano, cuálquiera que seas, que juegas al azar, debes tener presente que el nombre que te corresponde no es el de cristiano, sino el de gentil."

Y al hablar de los estériles sacrificios que hace el jugador por satisfacer las crecientes exigencias de este funesto vicio, dice San Antonino: "El jugador ofrece en el juego lo que no ofrecería para cumplir con la ley de Dios; da mucho más de lo que por seguir los consejos evangélicos dió el catecúmeno San Martín. Porque no sólo da por la necesidad del juego la mitad de su capa, sino también su túnica y aun sus ropas interiores, y sigue desnudo á su señor, que es el mundo ó el diablo. Y, lo que es peor, debiendo negar á su dios, que son las cartas, despues que conoció y experimentó su malicia; más bien niega con vituperios al verdadero Dios, que lejos de haberle causado perjuicio alguno, le dió todo cuanto es; y véngase, ingrato, de Aquel que de sus pérdidas no tiene culpa alguna."

Terribles son las amenazas que por el profeta Isaias fulmina el Señor contra los jugadores: "Vosotros, que desamparasteis al Señor, que olvidasteis mi santuario, que poneis mesa á la Fortuna, y derramais libaciones sobre ella, os pasaré á cuchillo, y todos caereis en la matanza; porque llamé, y no respondisteis; hablé, y no oísteis; y haciais el mal delante de mis ojos." Palabras gravísimas, que explica San Antonino diciendo: "Ponen mesa á la Fortuna los que juegan exponiéndose á lo que llaman fortuna, sea jugando á los dados, sea á las cartas. Estos son heridos por la espada de la divina venganza en el infierno." Á los juegos de dados y de naipes que entónces se usaban, sin duda que hubiera agregado hoy el Santo el de la ruleta y los nombres de otros muchos que en este siglo absorben tantas fortunas y son causa de

tantas lágrimas, de la ruina de muchas familias, y de la pérdida de almas innumerables.

Cuando con frases tan significativas pintan el vicio del juego y recuerdan sus espantosas consecuencias así el Espíritu Santo como los santos Padres, y hasta los filósofos, poetas y estadistas; cuando son tan graves y de tan desoladoras consecuencias para los individuos, para las familias y para la sociedad entera los excesos que en él nos vemos precisados á lamentar todos los días; preciso es, amadísimos Hijos Nuestros, que aunemos con fe nuestros esfuerzos á fin de retraer de esa funesta y avasalladora pasión á los que de ella sean víctimas ó estuvieren en peligro de serlo. Vigilen cuidadosos los padres de familia y demás superiores sobre sus hijos, subordinados y sobre todos aquellos á quienes pueda extenderse su influencia, y empéñense por amor al Corazon sacratísimo de Jesus en apartarlos de tan grave peligro. Esto cederá, sin duda, en honra de nuestra santa Religion, en bien de los individuos y en notable ventaja para las familias y para todo el país, contribuyendo en gran parte á hacer amable la virtud del trabajo.

Esto deseamos con toda el alma por el bien temporal y eterno de todos Nuestros amadísimos diocesanos, á los cuales, en prenda de Nuestro paternal amor, afectuosamente bendecimos en el nombre del Padre † y del Hijo † y del Espíritu † Santo. Amen.

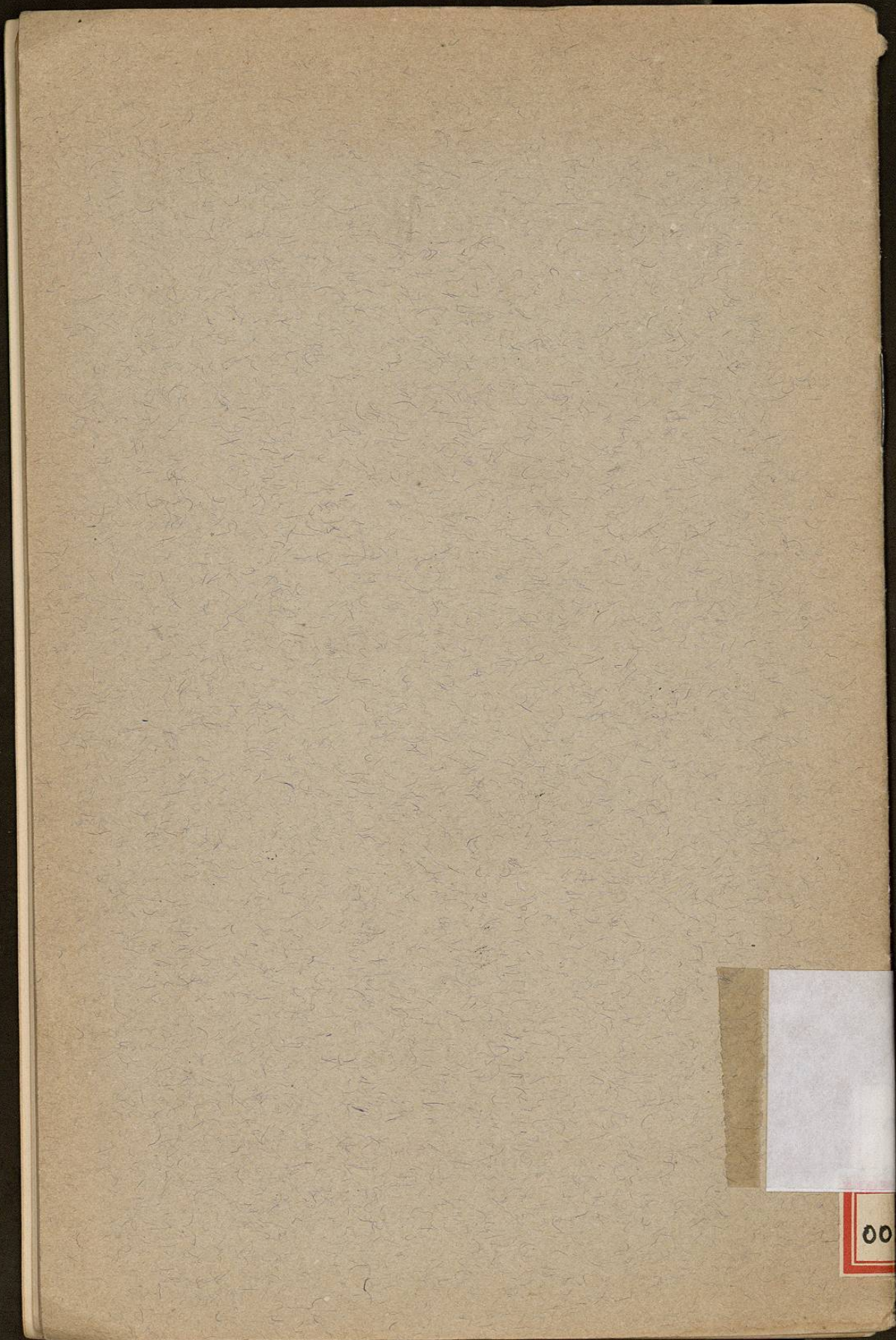
Cada uno de los cuatro párrafos de esta Carta pastoral será leído por su orden *intra Missarum solemnía* en los cuatro próximos Domingos de Adviento, de manera que coincida con el Evangelio propio de cada una de dichas Domínicas; en las Escuelas y Colegios católicos serán leídos esos puntos en los días que dispongan sus directores ó directoras.

Dada en Nuestra casa arzobispal de México, á 21 de Noviembre de 1895.

✠ Próspero María,
Arzobispo de México.

Por mandato de Su Señoría Ilustrísima,

Melasio de Jesús Vázquez,
Secretario.



00